

Y ahí tenéis á lo que quedó reducido el descendiente del omnipotente Tocodonou. . . .



III

APOGEO Y DECADENCIA DEL BEVEZUE-
LO MADU-CHEZO

Si el Gimnasio Moronval existe todavía, cosa que me complace en creer, denunció á la Comisión de Salubridad el dormitorio de aquel res-

petable establecimiento como el lugar más insalubre, más extravagante, más húmedo, en que jamás se ha hecho dormir á niños.

Figuraos una enorme habitación de un entresuelo, sin ventanas; que recibe luz solamente por el techo, gracias á una montera de cristales, y perfumada con un olor indeleble de colodión y éter, porque había servi-

do en otros tiempos para las preparaciones fotográficas. La casa estaba situada en el fondo de uno de esos jardines que hay en París, rodeado de altas tapias sombrías, silenciosos, cubiertos de yerba á la sombra de las cuales se esparea la humedad hasta donde quiera que llega.

El dormitorio estaba pared por medio de un magnífico hotel; es decir, de la cnadra de ese hotel, en la que había constantemente ruido de coces, y el de una bomba siempre en movimiento; lo cual completaba perfectamente el aspecto de aquel depósito de reumatismos, rodeado, á la altura de la mitad de la pared, de una siempra banda verdosa como una línea de flotación.

Todo el año estaba húmedo; con la diferencia, según las estaciones, de que la humedad era muy fría ó muy calurosa. En verano, aquel enorme cajón sin aire, calentado por la claraboya de cristales, evaporaba, con el fresco de la noche, todo el calor del día, se llenaba de vaho como un cuarto de baño, y sudaba por todas las juntas de los ladrillos.

Además, una porción de bichos mantepidos por la proximidad de la yerba, atraídos por la claridad de los cristales, se introducían á través de las más pequeñas juntas, revoloteaban ó corrían por el suelo zumbando, y después se dejaban caer pesadamente sobre las camas, atraídos por la blancura de las sábanas.

La humedad del invierno, era menos mala. El frío caía del techo y subía de la tierra por las juntas del entarimado; pero se podían acurrucar debajo de la ropa, juntar las rodillas con la barba, y calentarse al cabo de dos horas.

La perspicacia de Moronval había comprendido en

seguida el destino que debía darse á aquella especie de cobertizo inútil, aislado entre montones de barredura, y ennegrecido por esas manchas que los chaparrones, mezclados á los humos de París, ponen bien pronto en los edificios abandonados.

—Aquí, el dormitorio, había dicho el mulato sin titubear.

—¡Pero, hombre, va á ser un poco húmedo! se atrevió á decir la señora Moronval.

El contestó:

—Los muchachos de los "países cálidos" estarán frescos. . . .

Razonablemente, había sitio para diez camas; pusieron veinte, con un lavabo en el fondo, una mala alfombra delante de la puerta, y ya estuvo dispuesto el "dormitorio," como él decía.

¿Y por qué? Un dormitorio es un sitio para dormir. Pues bien; allí dormían los muchachos á pesar del calor, del frío, de la falta de aire, de los bichos, del ruido de la bomba y de las furiosas coces de los caballos. Cogían reuma, oftalmías, bronquitis; pero dormían con los puños cerrados, tranquilos, sonrientes, suspirando bajo la influencia de ese saludable entorpecimiento del sueño que sigue al juego, al ejercicio, y á los días libres de preocupaciones y cuidados.

¡Oh, santa infancia!

La primera noche, sin embargo, Jack no pudo cerrar los ojos. Jamás se había acostado en una casa extraña, y la diferencia era demasiado grande entre su alcobita, alumbrada por una mariposa, ocupada por sus juguetes favoritos, y la obscuridad, el extraño aspecto del sitio donde se encontraba.

En cuanto los chicos se acostaron, el criado negro se llevó la lámpara, y desde aquel momento Jack estuvo despierto.

A la pálida claridad que caía de la claraboya cargada de nieve, miraba aquellas camas de hierro colocadas en fila á lo largo de la pared, la mayor parte de ellas desocupadas, muy aplastadas y con la ropa arrollada á los pies; solamente siete ú ocho estaban ocupadas, muy agitadas por los movimientos de los que en ellas dormían, y animadas por un suspiro, por un ronquido, por una tos ahogada debajo del embozo.

El nuevo tenía el mejor sitio, un poco al abrigo del viento que entraba por la puerta, y del ruido de la cuadra. No tenía calor, sin embargo, y el frío, unido á lo imprevisto de la vida en que entraba, le tenían los ojos abiertos. Columpiado por lo vago de la larga vigilia, le parecía ver en conjunto todo aquel día, ilustrado con detalles muy precisos, como sucede á menudo en los sueños en los cuales el pensamiento, cruzado de grandes vacíos, se pone en comunicación, siempre consigo mismo, por medio de hilos brillantes, impregnados de recuerdos.

Así es que la corbata blanca de Moronval, su silueta de saltamonte, en la cual los codos, pegados al cuerpo, salían por detrás de la espalda como si fueran patas; las gafas enormemente abombadas del doctor Hirsch, su gabán lleno de manchas, se presentaban al espíritu del niño; y sobre todo, ¡oh! sobre todo, la mirada altanera, glacial, irónica y azul de "su enemigo."

El miedo que le producía este último recuerdo era tal que, sin querer, inmediatamente después pensaba en su madre como se piensa en un defensor... ¿Qué

estaría haciendo á aquella hora? Las once daban en todos los relojes lejanos. Sin duda estaría en el teatro, en algún baile. Pronto volvería á su casa, muy envuelta en su abrigo de pieles y en los encajes de su toquilla.

Quando entraba en su casa, por muy tarde que fuese, abría la puerta del cuarto de Jack, se acercaba á su cama: "¿Duermes, Jack?" Y hasta en sueños la sentía cerca de sí; sonreía, poníale la frente para que la besara, y con los ojos medio cerrados, entreveía los esplendores de su tocado. Quedábale una visión radiante, embalsamada, como si una hada hubiese bajado hasta él envuelta en una nube.

Y ahora.....

Sin embargo, entre las tristezas de la jornada deslizábanse de vez en cuando algunas satisfacciones de amor propio: los galones, las kepis y la felicidad de haber escondido sus piernas larguiruchas en los pantalones de uniforme azul con vivos encarnados. El traje le estaba un poco grande, pero se lo arreglarían. La señora de Moronval había señalado con alfileres los pliegues que debían cogérsele. Además, había jugado, trabado conocimiento con sus compañeros, raros, pero buenos muchachos á pesar de la ferocidad de sus fachas. Se habían peleado con bolas de nieve, en medio del aire frío del jardín, y aquello había sido una diversión nueva, llena de atractivo, para un niño educado en el confortable tocador de una mujer bonita.

Una cosa preocupaba á Jack. Hubiera deseado ver á Su Alteza real. ¿Dónde estaría aquel reyecito de Dahomey, de quien tan elocuentemente hablaba el señor Moronval? ¿De vacaciones? ¿En la enfermería?.....

¡Ah! ¡Si pudiera conocerlo, hablar con él, hacerse amigo suyo!

Había hecho que le dijese cómo se llamaban los ocho alumnos, y entre ellos no había ningún príncipe.

Al fin se decidió á preguntar á Said:

—¿No está Su Alteza real en el colegio?

A lo cual, el muchacho de la piel demasiado corta se había puesto á mirarlo con ojos asombrados, tan abiertos, que le había quedado un poco de piel para poder cerrar la boca un momento. Lo había aprovechado, y la pregunta de Jack se había quedado sin respuesta.

El niño pensaba todavía en esto, agitándose en la cama y oyendo la música, porque de cuando en cuando oíanse ecos de música que salían de la casa, unidos á la voz del bajo á quien llamaban Labassindre. Todo ello se mezclaba agradablemente al ruido de la bomba, todavía en movimiento, y al de aquellas coces con las cuales los caballos de la vecindad hacían retumbar las paredes.

Al fin reinó la calma.

Se dormía en el dormitorio, lo mismo que en la cuadra, y los tertulianos de Moronval, después de cerrar la verja del Pasaje, se alejaban entre el ruido lejano de la calle, cuando se abrió la puerta del dormitorio, que estaba interceptada por un montón de nieve.

El criadito negro entró con un farol en la mano.

Se sacudió violentamente los copos blancos que aumentaban su negrura, y avanzó por entre las camas y la pared, con la espalda encorvada, la cabeza metida entre los hombros, aterido y tiritando.

Jack miraba aquella silueta, cuya sombra se alargaba de perfil en la pared, exagerada y grotesca, poniendo

de relieve todos los defectos de aquella cabeza siniestra, con los labios abultados, las orejas enormes, despegadas, el cráneo lanudo y demasiado saliente.

El negrito colgó su linterna en el fondo del dormitorio, que apareció entonces alumbrado como el entrepuente de un buque. Luego se quedó quieto, de pie, con sus enormes manos hinchadas de sabañones, y su terriza cara vuelta hacia el calor, hacia la luz, con una expresión tan bondadosa, tan infantil y confiada, que Jack le tomó cariño desde aquel momento.

Mientras se calentaba, el negrito miraba de cuando en cuando á la claraboya.

—¡Cuánta "neve!" ¡Cuánta "neve!" . . . decía tiritando.

Aquella manera de pronunciar la palabra nieve, el acento de aquella voz dulce, poco segura, hablando una lengua extraña para él, conmovió al pequeño Jack, el cual le dirigió una mirada de viva compasión y de curiosidad. El negro lo advirtió, y en voz baja dijo: ¡Hola! El nuevo. . . ¿Por qué no duermes, chiquillo?

—No puedo, contestó Jack suspirando.

—Es bueno suspirar cuando uno tiene penas, dijo el negrito; y añadió con tono sentencioso:

—Si la pobre gente no hubiera suspirado ¡pobre gente! se habría ahogado de seguro.

Y mientras hablaba, echaba una manta en la cama contigua á la de Jack.

—¿Duerme usted ahí? . . . preguntó éste, muy asombrado de que un criado se acostara en el dormitorio de los colegiales. . . Pero ¡si ahí no hay sábanas!

—Para mí bueno está. Las sábanas no me hacen falta, porque tengo la piel muy negra. . . .

El negro formuló esta respuesta riendo dulcemente; y ya se disponía á meterse en su cama, medio vestido para tener menos frío, cuando de pronto se detuvo, apretó contra su pecho una cazolilla de marfil tallado que llevaba pendiente del cuello, y se puso á besarla con devoción.

—¡Oh! ¡Qué medalla tan rara! dijo Jack.

—No es medalla, dijo el negro. Es mi gri-gri.

Pero Jack no sabía lo que era un "gri-gri," y el otro le explicó que se llamaba así á un amuleto, á una cosa que servía para darle á uno buena suerte. Su tía Kerika se lo había regalado antes de marcharse de su país; su tía que lo había criado, y con la cual esperaba poder reunirse algún día no lejano.

—Como yo á mamá, dijo el niño Barancy.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno de los dos chicos pensaron en su Kerika.

—¿Es muy bonito su país de usted?... ¿Está lejos? ... ¿Cómo se llama?

—Dahomey, respondió el negro.

Jack se sentó en la cama.

—¡Oh! ¡Pues entonces... pues entonces, usted lo conoce!... ¡Tal vez haya usted venido á Francia con él!

—¿Con quién?

—Con Su Alteza real... ya sabe usted... el hijo del rey de Dahomey.

—Soy yo, dijo sencillamente el negro.

El otro lo miraba estupefacto... ¡Un Rey aquel criado á quien había visto todo el día con su chaleco de lana encarnada, andando por la casa con una escoba ó con un cubo en la mano, á quien había visto servir la mesa y limpiar las copas!

El negrito, sin embargo, hablaba seriamente. Su semblante había tomado una marcadísima expresión de tristeza, y sus ojos, fijos, parecían mirar lejos, muy lejos, hacia el pasado ó hacia alguna patria perdida.

No sé si era la ausencia del chaleco encarnado, ó la magia de la palabra rey, pero ello es que Jack encontraba al negro, sentado en el filo de la cama, con el cuello desnudo, la camiseta entreabierta sobre su pecho sombrío, sobre el cual brillaba el amuleto de marfil, cierto prestigio, cierta dignidad.

—¿Y cómo es eso?... preguntó tímidamente, resumiendo en esa pregunta todos los asombros de aquel día.

—Pues es... pues es... dijo el negro.

De pronto se incorporó para apagar la linterna.

—El señor Moronval se enfada cuando Madú deja la luz encendida....

Luego acercó su camastro al de Jack.

—Tú no tienes sueño, le dijo. Yo nunca tengo sueño cuando se habla de Dahomey... Escucha.

Y en la obscuridad, en la cual sus blancos ojos brillaban, el negrito comenzó á contar su lúgubre historia...

Se llamaba Madú, nombre de su padre, el ilustre guerrero Raek-Madú-Ghezo, uno de los más poderosos soberanos del país del oro y del marfil, á quien Francia, Holanda, Inglaterra enviaban sus regalos, allá al otro lado de los mares.

Su padre tenía grandes cañones, millares de soldados armados de fusiles y de flechas, rebaños de elefantes amaestrados para la guerra, músicos, sacerdotes, bailarinas, cuatro regimientos de amazonas y doscientas mujeres para él solo. Su palacio era inmenso, adornado

con moharras de lanzas y de conchas y cabezas cortadas, que colgaban en la fachada después de la batalla ó de los sacrificios. Madú había sido educado en aquel palacio, donde entraba el sol por todas partes, caldeando las losas y las esteras extendidas. Su tía Kerika, general en jefe de las amazonas, cuidaba de él, y desde muy pequeño lo llevaba con ella á sus expediciones.

¡Qué hermosa era aquella Kerika, alta y fuerte como un hombre, vestida con una túnica azul, con las piernas y los brazos desnudos, llenos de collares de vidrio, con el arco de su flecha al hombro, con colas de caballo flotando y ondulando alrededor de su cintura, y en la cabeza, entre la lana de su cabellos, dos cuernecitos de antílope formando media luna, como si los guerreros negros conservaran la tradición de Diana, la blanca cazadora!

¡Y qué golpe de vista, qué firmeza de mano para arrancar un colmillo de marfil, ó para cortar una cabeza de achanti de un solo golpe! Pero si bien Kerika á veces era terrible, mostrábase siempre dulce con su pequeño Madú, le regalaba collares de ámbar y de coral, taparrabos de seda, bordados con oro y muchas conchas, que son la moneda del país. Le había regalado también una escopetilla de bronce dorado, que le enviara la reina de Inglaterra, que la parecía demasiado ligera para ella. Madú la usaba cuando la acompañaba á cazar por aquellos inmensos bosques.

En ellos, los árboles eran tan copudos, las hojas tan anchas, que el sol no penetraba jamás bajo aquellas verdes bóvedas, donde retumba cualquier ruido como dentro de un templo. Pero, sin embargo, había mucha luz, y las flores enormes, los frutos maduros, los

pájaros de todos colores, cuyas plumas arrastraban desde las ramas de los árboles hasta el suelo, brillaban con todos sus reflejos de piedras preciosas.

Oíanse continuos zumbidos, y susurros entre la maleza. Serpientes inofensivas movían sus cabezas chatas, armadas de dardos; los monos negros cruzaban de un salto el espacio entre dos copas de árboles, y grandes estanques misteriosos, donde jamás se reflejara el cielo, colocados como espejos en el inmenso bosque, parecían continuarlo bajo tierra, en una profundidad de verdor....

Al llegar á este punto del relato, Jack no pudo contener una exclamación:

—¡Oh! ¡Qué hermoso sería aquello!

—Sí, muy hermoso, contestó el negrito, que tal vez exageraba un poco y veía á su país á través de recuerdos de niño y el entusiasmo dorado de los pueblos del sol. ¡Oh! ¡Sí, muy hermoso!

Y apimado por la atención de su compañero, continuó su historia:

—De noche, los bosques cambiaban de aspecto. Se vivaqueaba entre los juuecos, delante de unas hogueras grandes, que ahuyentaban á las fieras que andaban alrededor y rugían delante de la llama. Los pájaros también se inquietaban en las ramas, y los murciélagos, silenciosos y negros como las tinieblas, atraídos por la claridad del cielo, pasaban volando para reunirse por la mañana en un árbol inmenso, en el cual parecían, inmóviles y apretados unos contra otros, hojas raras, secas y muertas.

Con aquella vida de aventuras al aire libre, el pequeño rey iba haciéndose robusto y hábil en toda es-

pecie de ejercicios guerreros, manejando el sable y el hacha á la edad en que los niños suelen agarrarse todavía á los taparrabos de sus madres.

El rey Rack-Madú-Ghezó estaba orgulloso con su hijo, con el heredero de su trono. Pero ¡ay! parece que no es bastante, ni siquiera para un príncipe negro, eso de saber manejar un arma y alojar una bala en el ojo de un elefante, sino que necesita también saber leer en los libros de los blancos, conocer su escritura para poder comerciar con ellos en polvo de oro, porque según decía el sabio Rack-Madú á su hijo: "banquito siempre papé en bolsillo pa engañá nego."

Sin duda se habría podido encontrar en Dahomey un europeo bastante sabio para ilustrar al Príncipe, puesto que las banderas francesa é inglesa flotan sobre las factorías establecidas á orillas del mar, como en los palos de los buques anclados en los puertos. Pero el Rey había sido enviado por su padre á una ciudad llamada Marsella, que estaba muy lejos, en el fin del mundo, por que se hiciese muy sabio, y quiso que su hijo recibiese la misma educación que él.

¡Qué desgracia para el principito dejar á su tía Keri-ka, meter su sable en la vaina, colgar su escopeta y marcharse con "zeñó" Bonfils, un blanco de la factoría, que todos los años iba á poner en lugar seguro el polvo de oro robado á los pobres negros!

Madú se resignó, sin embargo. Quería ser rey algún día, mandar las amazonas de su padre, poseer todos sus campos de trigo y de maíz; sus palacios llenos de jarrones de barro encarnado, donde se enfía el aceite de la palma, y todo aquel tesoro de marfil, de oro, de minio, de coral. Para tener aquellas riquezas, era ne-

cesario merecerlas, ser capaz de defenderlas si llegaba la ocasión, y Madú pensaba ya que es cosa dura ser rey, y que si se tienen más goces que los otros hombres, también hay que pasar más trabajos.

Su partida dió motivo á grandes festejos públicos, á sacrificios á los fetiches y á las divinidades del mar. Todos los templos fueron abiertos para aquella solemnidad; todo el pueblo hizo rogativas, y á última hora, cuando el buque se disponía á zarpar, el verdugo condujo, á la orilla del mar, quince prisioneros achantis, cuyas cabezas, cortadas, cayeron enrojecidas, chorreando y sonoras, en un gran recipiente de cobre.

—¡Misericordia!... interrumpió Jack, asustado, y escondiendo la cabeza debajo de la sábana.

La verdad es que no tiene nada de tranquilizador el oír contar historias semejantes al mismo que ha sido héroe de ellas. Verdaderamente había motivo para que se asustasen los más valientes; para tranquilizarse era necesario decirse muy de prisa, que estaba en el colegio de Moronval, en el propio rincón de los Campos Eliseos, y no en aquel terrible Dahomey.

Madú, al advertir la emoción de su auditorio, no insistió en lo de los festejos públicos que precedieron á su partida, y relató de prisa, para llegar pronto á su estancia en el instituto de Marsella.

¡Oh! ¡Gran instituto de sombrías paredes; la clase triste con bancos carcomidos, en los cuales los nombres de alumnos grabados con punta de navaja, revelaba pasatiempos de los prisioneros; los profesores acentuaban lo negro de su traje con la solemnidad de las amplias mangas y de la toga; la voz del pasante gritando: "¡Silencio!" y todas aquellas cabezas inclinadas, el rui-

dillo de las plumas al escribir, las lecciones monótonas, veinte veces recitadas, como si cada muchacho se tragara, cuando le llegaba su turno en el aire enrarecido de la clase, el mismo pedazo de ciencia; y los grandes comedores, los dormitorios, el patio parecido al de un cuartel donde penetraba un rayo estrecho de un pequeño sol, tan escasamente distribuido, en este sitio por la mañana, en el otro por la tarde, y tan metido en los rincones, que para disfrutarlo era preciso apoyarse contra las elevadas tapias que se lo sorbían todo.

Así se pasaban las horas de recreo de Madú. Nada lo divertía, nada le interesaba; sólo una cosa, el tambor llamando á comer, á clase, á levantarse, á acostarse; el cual, á pesar de aquellos ínfimos destinos, hacía latir el corazón de aquel príncipe guerrero, cada vez que oía el redoble de los palillos. Había también días de salida, pero muy pronto se los quitaron. He aquí la razón.

En cuanto el "zeño" Bonfils iba á buscarlo, Madú lo arrastraba hasta el puerto, hacia donde lo atraían las entrecruzadas arboladuras y los cascacos alineados de los buques allí fondeados. No era feliz más que en aquel sitio, ofiando á brea y entre las mercancías que iban descargando, muchas de las cuales vienen de su país. Tenía verdaderos éxtasis ante aquellos ríos de dorados granos y aquellos sacos y aquellos fardos, algunos de los cuales llevaban una marca conocida.

Los vapores que encendían sus calderas, indicando, á pesar de su inmovilidad, el movimiento del viaje, por los resoplidos del vapor; algún buque de vela de alto bordo hinchando sus lonas, estirando sus cuerdas, lo atraían, le hablaban de partida, de rescate, de libertad.

Permanecía de pie las horas muertas, mirando huir hacia el sol poniente una vela hinchada, que parecía el ala de una gaviota; una columnilla de humo, ligera como la de su cigarro, que parecía ser la cola de un astro luminoso que iba perdiéndose de vista con él, allá por el horizonte.

Madú se pasaba pensando en aquellos buques todo el tiempo que estaba en clase. Al fin y al cabo, eran la imagen de su regreso al país de la luz: un pájaro, decía, lo había traído, y otro se lo volvería á llevar.

Y perseguido por esa idea fija, dejó plantado el cartel de Ba, Be, Bi, Bo, Bu, en el cual sus ojos no veían más que el azul del mar y del cielo, y un día se escapó del colegio, se metió en uno de aquellos barcos del "zeño" Bonfils, se escondió en la bodega, pero lo encontraron antes de salir del mar; se volvió á escapar, y esta vez fué tan astuto, que no advirtieron su presencia á bordo hasta que estaban en medio del golfo de Lyon. A otro chico lo hubiesen dejado á bordo; pero cuando supo el nombre de Madú, el capitán, que sin duda contaba con una buena recompensa, volvió á llevar á Su Alteza real á Marsella.

Desde aquel día estuvo peor, porque lo vigilaron y lo encerraron; pero su persistencia no sufrió quebranto.

A pesar de todo, se seguía escapando del colegio y escondiéndose á bordo de todos los buques que salían para su país; lo encontraban en el fondo del departamento de máquinas, en las carboneras, debajo de un rollo de cuerda. Cuando le cogían, no se sublevaba; no hacía más que sonreír tristemente, y quitaba á cualquiera la fuerza para castigarlo. Al fin, el director no

quiso cargar con la responsabilidad de un alumno tan sutil.

¡Enviar al príncipe á Dahomey!

El "zeñó" Bonfils no se trevía, temiendo incurrir en el enojo de Rack-Madú-Ghezo, cuya regia terquedad conocía perfectamente.

En medio de estas perplejidades, apareció en "El Semáforo" el anuncio del Gimnasio Moronval. En seguida el negrito fué consignado al número 25 de la Avenida de Montaigne, al barrio más hermoso de París, donde fué recibido—os lo puedo asegurar—con los brazos abiertos.

Era una fortuna para el colegio, y un reclamo vivo aquel heredero negro, de un reino remoto. Así es que lo exhibieron, lo pasearon por todas partes. El señor Moronval lo llevó al teatro, á las carreras, al boulevard, como esos comerciantes que pasean por todo París, en un coche alquilado por horas, algún anuncio parlante de su tienda.

Lo llevó á reuniones, á los círculos que él frecuentaba, con la misma gravedad con que Fenelón acompañaba al duque de Borgoña, haciendo que en todas partes anunciaran: "Su Alteza real el príncipe de Dahomey y el señor Moronval, su preceptor.

Durante muchos meses, los periódiquillos se vieron llenos de anécdotas y de frases atribuidas á Madú; hasta fué á París expresamente un redactor del "Standard" de Londres, para verlo, y tuvieron una seria conversación financiero-administrativa, acerca de la manera como el príncipe pensaba en gobernar sus Estados cuando subiese al trono; sobre lo que pensaba del régimen parlamentario, de la instrucción obligatoria, etc., etc.

El periódico inglés reprodujo aquel diálogo al pie de la letra, con sus correspondientes preguntas y respuestas. Las respuestas evasivas y vagas dejaban bastante que desear. Llamaba, sobre todo, la atención una contestación de Madú, quien cuando le rogaron que diese su opinión sobre la libertad de imprenta, dijo: "Toda clase de comida es buena para comer; no toda clase de palabras es buena para dicha".

Todos los gastos del colegio de Moronval fueron pagados por aquel solo alumno; el "zeñó" Bonfils pagaba las cuentas sin hacer la menor observación. Naturalmente, la educación de Madú estuvo un poco deseudada. No pasaba del abecedario, y el método Moronval-Decostere lo encontró constantemente rebelde á sus encantos; pero no había, á pesar de esto, el menor inconveniente, todo lo contrario, puesto que los años de colegio, debían así multiplicarse en sentido inverso de los progresos del futuro rey.

Conservaba, pues, su pronunciación defectuosa, su manera de hablar medio infantil; la cual, haciendo perder á los verbos su tiempo debido, da á la frase una fisonomía impersonal, y parecen los ensayos de un pueblo recién salido del mutismo animal. Por lo demás, le tenían muy cuidado, muy mimado, muy preferido. Obligaban á los demás muchachos á que lo distrajesen, á que le diesen gusto; cosa que al principio fué bastante difícil de conseguir, en razón á su color terriblemente obscuro, que es marca de esclavitud en casi todos los países exóticos.

Pues ¿y los profesores; Qué indulgencia! ; Qué sonrisas tan amables tenían para con aquella bolita negra, que, á pesar de su inteligencia, rechazaba todos los be-

neficios de la instrucción, y que bajo la espesa capa de lana de su cabellera ensortijada, conservaba, con un ardentísimo recuerdo de su país, el desprecio más profundo por todas aquellas tonterías que trataban de inculcarle!

Todos en el colegio hacían proyectos sobre aquella futura realeza, ya poderosa y halagada, como si Madú hubiese caminado, en pleno París, bajo los abanicos de pluma, los doseles con franjas, las lanzas en pabellones de la corte de su padre.

¡Cuándo Madú sea rey!

Era el estribillo de todas las conversaciones. En cuanto coronasen á Madú, irían todos juntos á Dahomey. Labassindre soñaba con regenerar la música grosera de aquel pueblo, y se veía ya director de un Conservatorio, maestro de la Capilla Real.

La señora Moronval-Decostere esperaba aplicar su método, en grande escala, en unas clases amplísimas, en las cuales le parecía ya estar viendo las numerosas trenzas de pelo negro, á los pequeñuelos acurrucados en los bancos. Pero el doctor Hirsch, por su parte, en sus ensueños, acostaba á toda aquella morralla en innumerables camas colocadas en fila y hacía en ella los peligrosos experimentos de su medicina de fantasía y sin título, sin que á la policía se le ocurriese meterse en ello.

Los primeros días de su residencia en París parecieron bien al príncipe, á causa de aquella adoración general, y luego, que París es la ciudad del mundo donde menos se aburren los emigrados, acaso porque en su atmósfera se mezcla algo de la atmósfera de todos los países.

Si quisiera el cielo sonreír, en vez de estar chorreando continuamente esa lluvia menudita y penetrante, ó envolverse en torbellinos de pelusa blanca, de esa "neve" que tanto se parecía al grano abierto y maduro de los algodonerós; si el sol hubiese querido calentar, desgarrando el velo turbio que lo ocultaba constantemente; si Kerika, con su carcaj, su carabina, sus desnudos brazos adornados de pulseras, se hubiera presentado de cuando en cuando en el Pasaje de las Doce Casas, Madú hubiera sido completamente feliz.

Pero esta vida cambió súbitamente.

El "zeñó" Bonfils se presentó un día en el Gimnasio Moronval con siniestras noticias de Dahomey. El rey Rack-Madú-Ghezo había sido destronado: había caído prisionero de los achantis, que acababan de apoderarse del país y de fundar en él una nueva dinastía. Las tropas reales, los regimientos de amazonas, todo había sido vencido, dispersado, asesinado, y Kerika la única que había escapado de la hecatombe milagrosamente, refugiada en la factoría Bonfils rogaba á Madú que permaneciese en Francia y que conservase siempre su "gri-gri".

Estaba escrito: si Madú no perdía su amuleto, reinaría.

Era necesaria esa idea para dar valor al pobre reyecito. Moronval, que no creía en la virtud del "gri-gri", presentó su cuenta—¡y qué cuenta!—al "zeñó" Bonfils, que aquella vez pagó, pero advirtiéndole al señor Director del colegio que en lo sucesivo, si quería tener allí á Madú, no debía contar con una retribución inmediata, sino con el agradecimiento y los favores del Rey, en cuanto las contingencias de la guerra le devolvieran

su trono. Había que escoger entre esa fortuna problemática ó renunciar á todo en absoluto.

Moronval contestó con nobleza: "Yo me encargo del niño."

Ya no era Su Alteza real.

En cuanto se le perdió el respeto, no quedó nada de los cuidados y atenciones de que habían colmado al negrito. Cada cual le echaba la culpa de una decepción personal y del mal humor de todos. Primero fué un simple pensionista, igual á los demás hasta en el más pequeño botón del uniforme, regañado, castigado, corregido, durmiendo en el dormitorio, sometido al reglamento común.

El niño no comprendía la razón de todo aquello, trataba en vano de ser amable, de hacer aquellas muecas que antes parecían adorables y que ahora tropezaban contra una frialdad extraña.

Peor fué cuando, después de pasar algunos trimestres, Moronval, que no recibía dinero, empezó á creer que Madú era una boca inútil. Del estado de pensionista se le hizo pasar al de subalterno. Como había despedido al criado por economía, Madú lo reemplazó, no sin protesta. La primera vez que le pusieron una escoba en la mano, diciéndole cómo debía usarla, se negó á ello obstinadamente. Pero el señor Moronval tenía unos argumentos irresistibles, y después de una vigorosa paliza, el niño se resignó.

Además, prefería barrer á que lo enseñaran á leer.

El reyecito, pues, barrió y fregó con un ardimiento y una constancia singulares, y de ello era fácil convenirse viendo lo reluciente que estaba el salón de Moronval. Pero esto no endulzó el feroz carácter del mu-

lato, que no podía perdonarle todas las decepciones de las cuales era causa involuntaria.

Por más que Madú se aplicaba á hacer relucir y á dar al vetusto edificio cierto barniz de limpieza; por más que miraba á su amo con ojos cariñosos, con la miedosa humildad de un perro sumiso, no obtenía generalmente más que golpes por toda recompensa.

—¡Jamás contento!... ¡Jamás contento!... decía el negrito con expresión desesperada.

Y el cielo de París se volvía para él más negro, la lluvia más continua, la nieve más abundante y más fría.

¡Oh, Kerika, tía Kerika, tan cariñosa y tan buena! ¿Dónde estás? ¡Ven á ver lo que hacen con el Rey: con qué dureza lo tratan, qué mal lo alimentan, cómo lo visten de andrajos, sin compasión alguna para su aterido cuerpo! ¡Ahora ya no tiene más que un traje limpio, y es su librea, casaca encarnada, chaleco á rayas y gorra galoneada! ¡Ahora, cuando acompaña al amo, no va á su lado como su igual, sino diez pasos detrás de él! Y no es eso lo peor.

Desde la antesala pasa á la cocina, y de la cocina, después de haber puesto á prueba su honradez, su ingenuidad, lo mandan al mercado de Chaillot con una gran cesta á la compra.

¡Y ahí tenéis á lo que ha venido á parar el último descendiente del omnipotente Tocodona, fundador de la dinastía dahomeyana! ¡A ir á regatear los víveres para el Gimnasio Moronval!... Dos veces por semana se le ve subir la calle de Chaillot, pegado á las paredes de las casas, flaco, enfermizo, tiritón, porque ahora tiene frío, siempre frío, y nada para calentarse,

ni los ejercicios violentos, á los cuales le condenan, ni los golpes, ni la vergüenza de que lo hayan convertido en criado, ni siquiera su odio contra el Padre del palo, que es como llama á Moronval.

Y, sin embargo, ese odio es vigoroso.

¡Ah! ¡Si Madú llegase á ser Rey!.....Su corazón latía de rabia al pensarlo; y es cosa de oírle confiando á Jack sus proyectos de venganza.

—Cuando Madú volver Dahomey, escribir una cartita al Padre del palo; hacerlo ir á Dahomey y cortarle allí la cabeza; luego, con su pellejo hacer un gran tambor de guerra para pelear contra los achantis..... ¡Zim! ¡bum! ¡bum!... ¡Zim! ¡bum! ¡bum!

Jack veía brillar en la obscuridad, menos densa á causa del reflejo de la nieve, dos ojillos de tigre, mientras el negro golpeaba sordamente con la mano en el borde de la cama, para imitar el redoble del tambor. El hijo de la Barancé estaba aterrado; así es que la conversación quedó cortada durante algunos minutos. Tapado con las sábanas, con la cabeza llena de lo que acababa de oír el "nuevo," creía ver pasar relumbrones de sable y contenía la respiración.

Madú, á quien su propio relato había excitado, hubiese querido seguir hablando; pero creía que su compañero estaba dormido. Al fin, Jack dió uno de esos prolongados suspiros, que parecen salir de esas inmensidades que se recorren, soñando, en un momento y en la profundidad de una pesadilla.

—Tú no duermes, "zeñó," preguntó Madú en voz baja. ¿Tú querer hablar todavía conmigo?....

—¡Oh, sí, quieró! respondió Jack.... Pero es me-

nester que no hablemos más de ese pícaro tambor de guerra.....Me ha dado mucho miedo.

El negro sonrió, y luego, con tono propio de un niño:

—No, no, "zeñó"....Madú no hablar más.... Ahorra hablar tú.....¿Cómo te llamas?

—Jack...con "k"....Mamá se cuida mucho de escribirlo así.

—¿Es muy rica tu mamá?

—Sí, es rica....¡ya lo creo! dijo Jack, que no sentía darse tono á su vez con el heredero de un rey.... Tenemos coche, muy buena casa en el boulevard, caballos, criados, y todo.... Y además, ya verás, ¡cuando mamá venga á verme, qué guapa es! En la calle todo el mundo la mira.... Tiene trajes muy buenos, joyas muy ricas.... "Buen Amigo" tiene razón en darle gusto en todo y no negarle nada. Cuando mamá quiso venir á París, él nos trajo.... Antes estábamos en Tours... ¡un pueblo muy bonito! ¡Vivíamos cerca del Mail, y muchas veces íbamos á pasearnos por la calle Real, donde hay muy buenos pasteles, y muchos oficiales vestían con uniformes muy bonitos.... ¡Ah! ¡Cuánto me divertía!.... En primer lugar, todos los señores me mimaban, me besaban. Tenía papá Carlos, papá León; papás de broma, ¿sabes? porque mi padre ha muerto hace mucho tiempo, y no lo he conocido.... Al principio de estar en París, me aburría un poco de no ver árboles ni el campo; pero mamá me quiere tanto, me mimaba tanto, que me he consolado. Me han vestido á la inglesa, que es lo más de moda, y me rizaron el pelo todos los días para llevarme al Bosque de Boloña á la orilla del lago.... Luego, mi buen amigo dijo que no aprendería nunca nada, que era necesario

ponerme en el colegio, y mamá me llevó á Vaugirard, al colegio de los Padres.....

Aquí Jack se detuvo.

Aquella confesión que iba á hacer, de que los jesuítas no habían querido recibirlo, lastimaba su amor propio; á pesar de la candidez, de la ignorancia de la edad, comprendía que tenía algo de humillante para su madre y para él. Y después, aquel relato que había comenzado á hacer aturdidamente, lo llevaba á la única preocupación seria que había tenido en su vida..... ¿Por qué no lo habían admitido? ¿Por qué aquellas lágrimas de su madre y aquel "¡Pobre niño!" tan compasivo del Director?



—Oye, "zeñó," dijo el negro de pronto.....¿Qué es eso de una cocota?

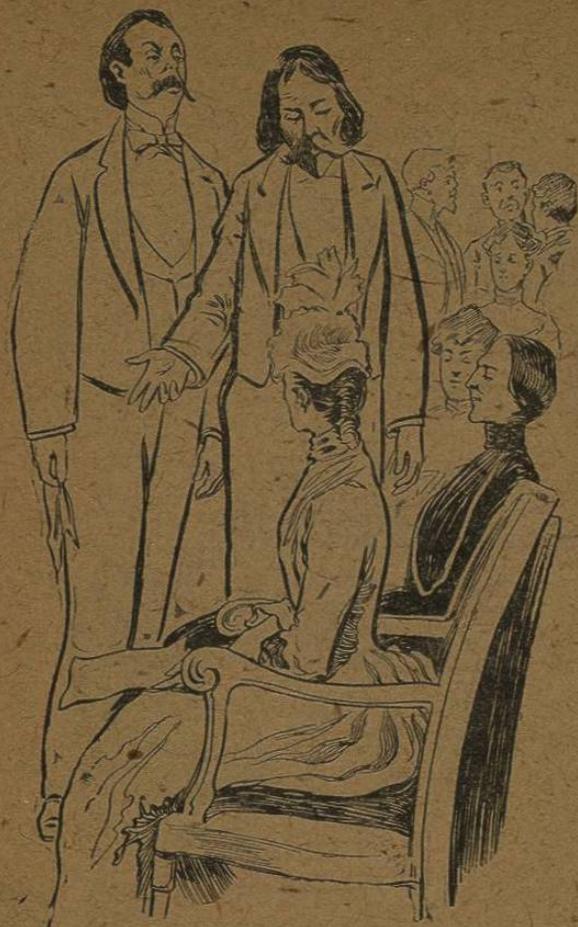
—¡Una cocota? contestó Jack un poco asombrado.... Yo no sé..... Una cocota será una polla.

—Es porque el Padre del palo decía á señora Moronval que tu mamá era una "cocotte."

—¡Vaya una ocurrencia!...¡Mamá una cocota!... Habrás oído mal.....¡Mamá una cocota!...

A la idea de que su madre era una polla con plumas, con alas, con patas, se echó á reír con todas sus fuerzas, y Madú también lo imitó, sin saber por qué.

Aquella alegría disipó muy pronto la impresión siniestra de las historias de poco antes, y los dos pobrecillos abandonados, después de haberse confiado uno á otro su historia, se durmieron profundamente, con la boca entreabierta, aún llena de risa, que la respiración regular del sueño trocó bien pronto en mil notitas, alegremente confusas.



¡Oh, caballero, soberbio! ¡Feliz usted que tiene tanto talento!



IV

Una reunión literaria en el gimnasio
Moronval.

Los niños son como los hombres; no les sirve la experiencia ajena.

Jack había quedado aterrado al oír la historia de Madú-Ghezo, pero la conservó en la memo-

ria aminorada, descolorida, como el recuerdo de una horrible tempestad, de una batalla sangrienta, vista en un diorama.

Los primeros meses de su permanencia en el colegio, fueron tan buenos; todo el mundo se mostró tan afectuoso, tan amigable para él, que se le olvidó que las